

Etnia singular

E_{tnia}.

Vasta palabra.

Se trata de nosotros, que somos unos treinta, y que existe como un nosotros desde hace doce años.

A veces leo lo que escriben los etólogos y los etnólogos.

Y me pareció que nuestro modo de existencia, tal como se ha tramado y tal como persiste y se precisa, se parecía extrañamente a lo que un etnólogo, Pierre Clastres, describe como el modo de vida, que se ha mostrado duradero, de numerosas sociedades llamadas arcaicas. En muchos puntos hay coincidencias notables entre su modo de vida y el nuestro, aunque no seamos indios americanos.

Esas sociedades son llamadas a veces a-históricas, y lo que las singulariza es que han evacuado el poder, palabra que a menudo es adornada con una mayúscula.

Decir que lo han evacuado es tal vez mucho decir, porque sin duda nunca lo encontraron ni elaboraron. Pierre Clastres diría que no dejaron que se produjera y ello por la gracia de una especie de intuición de que no hay nada peor que el Poder. Parecen haber esquivado eso que el joven amigo de Montaigne designaba como la Desventura.²

Lo que me asombró —y explica el título de este libro— es que la manera en que el Poder se halla evacuado es tan simple como un drenaje.

¿Qué mas simple que un drenaje?

¿Pero un drenaje de qué? Del lenguaje y sus efectos de poder. Y al mismo tiempo, ese cuyo papel parece ser hablar por todos, desprovisto de otra cosa más que la palabra.

Y ya veremos después de qué palabra se trata.

Fue necesario que el azar de las lecturas me llevara a las inmediaciones de esas sociedades arcaicas para que pudiera responder claramente a la pregunta a menudo planteada sobre la manera en que funcionamos.

A menudo respondí bastante evasivamente: “de una manera un poco anticuada”.

* Fragmentos del libro *Singulière ethnologie. Nature et pouvoir et nature du pouvoir*. Paris: Hachette, 1980. Cf. Fernand Deligny. *Œuvres*. Paris: L'Arachnéen, 2007, pp. 1366-1473 (1377-1383, y 1462-1469).

2 En el original: *Malencontre*, literalmente traducible como *Malencuentro* o *Mal-encuentro*.

Y bien, he aquí que esa manera es arcaica.

La presencia constante de unos treinta niños autistas constituye un elemento, tomando esa palabra en el sentido que evoca las fuerzas naturales, aunque en otro tiempo llegué a veces a hablar de una balsa. La palabra que hace imagen se presta a todas las interpretaciones. Es que ya me se me revelaba que nuestro modo de entendimiento, el “nuestro”, era un tanto singular. ¿Pero cuál era el papel de ese artefacto tan arcaico? ¿Que los niños se salvaran en ella, que se aferraran a ella, nos atropellaran, o al contrario, que nos cargaran y nos permitieran una peregrinación prudente en la franja de ese nos-otros-hombres, continente sólidamente establecido en su conciencia de ser?

Evacuada la balsa de nuestro vocabulario, fue la etnia lo que se vino a proponer, y las formas étnicas más arcaicas, tan arcaicas que no habían inventado aún el Poder, mientras que, en lo que nos concierne, se trataría más bien de un rechazo espontáneo, no que hayamos sufrido, unos u otros, una interdicción de residencia por parte del Poder que, en nuestras tierras, y a fuerza de ejercerse, ha tomado mil y una formas cuidadosamente instituidas.

Pero para vivir en el rechazo, aunque no sea más que de unos treinta, hace falta cierta coherencia, coherencia o cohesión.

Al escribir estas páginas, mi proyecto no es describir una “sociedad” infinitesimal que vive en el rechazo de la sociedad, una especie de utopía tópica en el sentido de que tendría lugar.

Me di cuenta de una coincidencia que me parece puede ser un hallazgo. A condición de entendernos sobre el sentido de la palabra coincidencia.

Nuestro andar y el modo de vida que implica y el modo de vida de los Nambikwara no tienen lugar en el mismo tiempo ni en el mismo espacio.

Y sin embargo, los dos modos de vida coinciden al menos en el punto en que la manera de evacuar el poder es idéntica: es necesario que alguien hable, que sea el único en hablar, que hable solo y, sobre todo, que no diga nada que pueda ser repetido por los otros.

Ahí donde, tal vez, Pierre Clastres se equivoca es cuando habla, en esas sociedades arcaicas, de una aprehensión casi instintiva del Poder.

Si hay alguna intuición en la manera en que su modo de vida se ha tramado, yo la situaría más bien como una aprehensión de los efectos del lenguaje, y de ese hablar alguien está encargado; de inmediato, ese uno que ya no es alguno se exterioriza.

Pero, se me dirá, si esas sociedades han vivido tranquilamente, están en vías de desaparición, suponiendo que existan aún algunas.

Es, a decir verdad, lo que le sucedió al comunismo primitivo, del que puede decirse que estaba destinado a desaparecer porque desapareció. Hay que creer que estaba destinado a reaparecer sin ser ya primitivo, sino a llegar como si el comunismo fuera una forma infinitiva del ser humano, algo de lo que no habría que asombrarse, cualesquiera que fueran las confrontaciones de aprehensiones y convicciones.

Que esa forma de ser sea, evidentemente, muy natural, no facilita sin embargo el acercamiento a ella; es justamente lo contrario.

Nada es más extranjero al hombre que su propia naturaleza, suponiendo que tenga una, en cuyo caso podría ser que fuera muy distinta a la que él se ha dado.

Qué mejor para hablar de etnia que hablar de un libro que de etnias habla: *La Sociedad contra el Estado*, de Pierre Clastres.

El problema que se plantea de entrada es preguntarse si el poder es un hecho humano, una necesidad vital que se despliega a partir de un arraigo biológico, y ello a partir del estudio de los fenómenos sociales entre los animales, donde no se ve más que la ausencia de toda forma, incluso embrionaria, de poder político. Saltando de las sociedades animales a las sociedades humanas, Clastres llega a constatar que, en el mosaico de las sociedades humanas llamadas primitivas, sucede que algunas estén desprovistas, en el límite, de toda forma real de organización política, y ello, dice Clastres, por efecto de un rechazo —de todo poder— que provendría de una identificación del poder y la naturaleza, siendo la cultura de esos pueblos que viven desprovistos de poder la negación del uno y de la otra, “no en el sentido en que poder y naturaleza constituyan dos peligros diferentes, sino en el sentido en que la cultura aprehende el poder como pura resurgencia de la naturaleza”.³

Esta resurgencia de la “naturaleza humana”, que sería aprehendida por una suerte de intuición incorporada a la cultura común a esas etnias que han elaborado una especie de estrategia preventiva, me parece la resurgencia de un modo de pensar por el cual el hombre consciente de ser tiene la tendencia a atribuir a la *naturaleza* humana una suerte de malignidad latente que no podría atribuirse a sí mismo, so pena de acusar a la conciencia de ser, en sí misma, de producir efectos a veces deplorables.

Es la vieja historia de la Desventura evocada por La Boétie y que no cesa de ser evocada: pero el poder y sus excesos, ¿de dónde viene eso?

Por el hecho mismo de los excesos y estragos que provienen de ese poder provisto de formas diversas, por la ceguera de un poder a veces tiránico, la explicación que surge es que ahí puede verse la marca de la naturaleza, humana en este caso.

Se trate del poder o de todos los excesos y extravagancias de los que el único ser consciente se muestra capaz, es la naturaleza lo que se ve apuntar, una especie de brutalidad que resurge a pesar de la conciencia, cuyo único defecto sería dejarse atrapar por detrás por esa naturaleza siempre mal dominada.

Mientras que sería tan simple dejar establecerse la correlación, sin embargo evidente, entre *querer* —eso por lo que el ser consciente de ser se singulariza— y *poder*, a riesgo de decir *el* poder cuando el infinitivo se vuelve algo que ha tomado formas que pueden describirse.

Lo más curioso es que Clastres partió con acierto; describe claramente la etnología que observa etnias lejanas a nuestras propias ventanas, de esas tierras en que los hombres viven de un modo que les parece ser el del hombre-mismo. Basándose en los trabajos de Jean-William Lapierre, entre otros, dice que por lo que concierne a los fenómenos

3 Pierre Clastres. “Intercambio y poder: filosofía del liderazgo indígena”. *La Sociedad contra el Estado*. Trad. Ana Pizarro. Buenos Aires: Caronte, 2009, p. 39.

sociales entre los animales, “nos ha mostrado la ausencia de toda forma, incluso embrionaria, de poder” —a lo que agrega: “político”—.⁴

Es notorio que los animales supuestamente sufren las leyes de su naturaleza. Nada de *querer*, entonces, de su parte, lo que explicaría muy simplemente que en sus costumbres, incluso escudriñándolas minuciosamente, no se encuentre ni una pizca de ese poder que se convierte a menudo en maldición. Pero todo sucede como si esa relación tan simple entre *querer* y *poder* no fuera necesaria, so pena de cuestionar el querer mismo del ser consciente de ser, situándose ese *querer* como ente, lo que nos permite —a nos-otros-los-hombres— extirpar de nosotros esa *naturaleza* frente a la cual necesitamos distanciarnos lo más posible; e incluso cuando el ser consciente de ser se encuentra en una órbita muy alejada de esa *naturaleza* de la que partió, no está libre de ella, resiente los efectos que vienen a perturbar su evolución y la idea que se hace de ese sí-mismo evolucionado.

He ahí, entonces, una especie provista de esa singularidad algo deplorable de tener el gusto del poder, del que las otras especies están por completo desprovistas.

Esta visión de la “naturaleza humana” es sorprendente. Pero se comprende bien el dilema: o es el hecho de ser consciente de ser lo que es la causa del estrago —pero ahí el ser consciente de ser debe defender su privilegio, esperando por cierto deshacerse de todas las secuelas “desventuradas” de sus orígenes animales—, o es la de “naturaleza” de donde viene el mal. Eso es lo que propone Clastres, etnólogo que percibe los estragos debidos a los modos de interpretación de los etnólogos; del poder hay que temerlo todo, por el hecho de que es la resurgencia de la malignidad inherente a la naturaleza —humana—; algunos pueblos lo han intuido y su cultura ha elaborado una suerte de antídoto que aparta los efectos de ese poder supuestamente entonces no querido, que no procede del ser consciente de ser. Y Clastres describe las formas que toman esas precauciones intuitivas en la vida habitual de esos pueblos lejanos.

Extraña suerte la de esa *naturaleza humana* tan a menudo evocada, sea para recusarla, sea para acusarla.

Se diga lo que se diga, todo sucede como si no pudiéramos prescindir de ella, aunque no fuera más que para hacer recaer en ella todo lo que, viniendo de nos-otros-hombres-de-cultura, salta a la vista como indeseable. Es necesario que eso nos venga de alguna parte; de la naturaleza, pues.

De modo que la *naturaleza humana* se ve a sí misma ser eso que no existe y eso que hace que no nos parezcamos a la imagen que nos hacemos de eso que el hombre podría ser, del hombre siendo eso que él se quiere, o se querría, y que le parece poder ser. Y ahí resurge, inoportunamente, la palabra *poder*, convertida en infinitivo.

Leyendo de cerca el libro de Pierre Clastres y su descripción del modo de existencia de esos pueblos en trance de desaparecer, me he vuelto a ver aquí, al menos por momentos, aquí y ahora, un ahora que tiene más de doce años de edad.

4 Jean-William Lapierre, *apud* Pierre Clastres. “Copérnico y los salvajes”. *La Sociedad contra el Estado*. Trad. Ana Pizarro. Buenos Aires: Caronte, 2009, p. 8.

De ahí el título de este libro; unos treinta individuos de ambos sexos y de todas las edades que llevan la misma existencia habitual podrían llamarse una etnia, incluso si ese término tiene una amplitud que nos pondría en ridículo si quisiéramos jactarnos o fingir ser una etnia como los witoto, los chibcha o los arawak.

Es por eso que, en la portada de este libro, escribí que era *singular* en tanto etnia, pero es sin embargo como tal, como *etnia*, por reciente y poco numerosa que pueda parecer, que ese conjunto de presencias puede revelar los aspectos más claros de su aproximación a eso que puede haber de ser humano cuando la conciencia de ser desaparece [...].

Vuelvo a las costumbres tradicionales de esos pueblos de los que Clastres piensa que su cultura esquiva las desventuras del poder.

Ese que parece tenerlo, el poder, no lo tiene.

Su papel, el de ese cuyo papel interpretado por nosotros sería el de jefe, es hablar solo, tener, por lo que parece, varias mujeres, y dar todo lo que puede tener, y a él le toca arreglárselas para dar aquello que los otros necesitan.

A esas mujeres parece que los otros no las quieren, como tampoco quieren hablar como, *solo*, el llamado jefe habla. Sin embargo, no exige nada ni interroga a nadie más, no demanda ni manda. Habla, y es todo; lenguaje de poeta, dice Clastres, palabras duras que nadie más pronuncia.

*

Pierre Clastres dice, refiriéndose a la rectitud y a la amplitud del andar de Lévi-Strauss, que es tiempo de “cambiar de sol”. Idea extraña, o más bien curiosa manera de hablar incluso si el capítulo se titula: “Copérnico y los salvajes”; Copérnico no cambió de sol; propuso devolver el sol a su lugar, lo que devolvía nuestra tierra al suyo.

Pero podría ser también que Pierre Clastres tuviera un poco de razón.

Hay tal vez algo que cambiar, aunque no fuera sino en relación a lo que se piensa; que la tierra gira sobre sí misma, y por tanto, como se diría, alrededor de su centro, no le impide para nada girar alrededor del sol, y que si es cierto que hay una gravedad del Ser en torno de la cual giramos, también existe eso en torno a lo cual gira el Ser y que no *se* dice.

Si el Ser es eso que se evoca, todo lo que puede ser evocado por el ser pasa a lo subjetivo, y conocemos lo que podría llamarse el mandato de los tiempos modernos y por lo menos en nuestros países: hay que hablarlo todo y todo debe serlo; el Ser lo debe todo al ser dicho; el ser lo debe todo al Ser dicho. Y es algo más que una recomendación: es un mandato, y se diría que todos los demás, contrariados por ya no ser seguidos, se han concentrado en él.

Hablar de sí —y toda habla no puede ser sino *de* eso— exige una idea del Ser.⁵

5 “*Parler de soy —et tout parlé...—*”. *Soy*: forma antigua de *soi*; *parlé*: ‘parte hablada de una obra cantada’.

Y el etnólogo, en este caso Lévi-Strauss, en su búsqueda de lo que puede ser del Ser entre los Bororo, los ve vivir. Ve la aldea sin calles; en el centro la casa común que es la casa de los hombres, y ve, dispuestas en un círculo, las cabañas de las mujeres. Traza el mapa de esa aldea. En ese modo de ser, ve —y no ve más que— trazas del Ser.

El hecho está ahí; lo masculino se halla en la casa común y lo femenino en las cabañas repartidas en un vasto círculo.

En esos mapas, los trayectos no están trazados. Tenemos carta blanca para suponerlos, y henos ahí como en casa.

Los que por cierto les sucedió a los misioneros antes de que Lévi-Strauss pasara por ahí. Habían puesto orden en dos poblaciones bororo de cada tres, disponiendo las cabañas a lo largo de una calle y la casa común trasladada al final de la calle, ¿esperando una iglesia? No importa que los bororo se hayan quedado pasmados y desprovistos de lenguaje, desorientados hasta el punto de que los niños se pusieran a hablar el lenguaje de los misioneros. Lévi-Strauss no dice cuántos pequeños bororo se convirtieron en misioneros.

Su relato, resumido así, se hace fábula, cuya moraleja es clara: dejen hablar a los Bororo.

¿Pero los trayectos?

Mirándolos, si hubieran sido trazados, percibiríamos que son obviamente trazas de proyectos; descrifraríamos en ellos lo que unos y otros, al recorrerlos, podían querer, aunque no fuera más que ir de la casa común donde vivía el elemento masculino hacia las cabañas donde vivía el elemento femenino, dispuesto a regresar contrariado o contento.

Pero según el dicho mismo de Lévi-Strauss, los Bororo no se reproducían; iban a robarse niños de muy poca edad a las aldeas lejanas y mantenían así su número constante.

En otras aldeas y según el dicho de los etnólogos, sucedía que los niños eran comidos. ¿Por falta de Ser o por exceso?

Lo mismo por lo que se refiere a niños masacrados de una manera u otra, más o menos directamente, aunque sólo fuera en esas guerras recientes que vivimos. ¿Por falta de Ser o por exceso? No se les consumía devorándolos. Consumirlos en llamas bastaba.

Reproduciéndose el hombre, acontecimientos como esos se reproducen. Es que, a decir verdad, se reproducen tal cual, dejando aparte los matices de las costumbres admitidas.

Al no leer en esas trazas, si es que fueron trazadas, sino trazas del querer, desaparece que tenían tal vez un reverso que escapa a la mirada del Ser.

Al no hablar sino de lo adquirido, haciéndose el hombre como se dice, se adquiere, haciéndose el hombre de ese adquirir. Adquirir es apropiarse. Y eso que el hombre

se apropia es a él mismo en primer lugar, como si él fuera su propiedad. Hablándose, se posee. Lo que quiere decir que ser poseído es algo que cada cual puede esperar.

¿Qué dice Lévi-Strauss?

“La dimensión de los problemas es tal, los rastros de que disponemos tan frágiles y tenues, el pasado —en paneles inmensos— tan irrevocablemente aniquilado, el asiento de nuestras especulaciones tan precario, que el menor reconocimiento del terreno pone al investigador en un estado inestable en el cual la resignación más humilde lucha contra locas ambiciones: sabe que lo esencial está perdido y que todos sus esfuerzos se reducirán a rascar la superficie; y sin embargo, ¿no encontrará siquiera un solo índice, milagrosamente preservado, de donde surja la luz? Nada es posible, por lo tanto, todo es posible. La noche donde tanteamos es demasiado oscura como para que nos asentemos a afirmar nada sobre ella: ni siquiera que está destinada a durar.”⁶

¿Cómo no ser solidario? “La resignación más humilde lucha contra locas ambiciones.” Salvo que, para nosotros, no se trata de investigar. Los paneles inmensos del pasado fugitivo se reducen, para nosotros, a diez o doce años de antaño, y algunas veces menos. Si hay etnia, no hace más que esbozarse.

Ahora que escribo, alguien que no es ni etnólogo, ni sociólogo, ni psicólogo, ha perdido el camino que lleva a una de las áreas de estancia mientras acampa en las inmediaciones de otra. Fue necesario hacerle un mapa. Puede que éste se pierda. De hecho, perdido está, desde que llegó, no sé por cuál inadvertencia [...].

Sobre el terreno; así habla el etnólogo, y tras él, otros muchos. Se trata de una investigación. Pero se observa la diferencia entre investigar y conquistar, y si no conquistar, por lo menos adquirir, y si no bienes, conocimientos. Es no solamente un derecho sino un deber. ¿De qué se trata? De conocerse mejor, *se*, el hombre subjetivo. Si es el hombre lo que el etnólogo busca, lo encontrará.

¿Pero el terreno? Hablará de la implantación de las cabañas, de las culturas, de los relatos que solicita, de lo que pasa en los periodos en que las mujeres tienen su reglas.

¿Pero el terreno? El etnólogo habla de las hamacas, de las tumbas, de los adornos...

Retomemos el relato de Lévi-Strauss:

“Se sospecha que los Nambikwara no saben escribir, pero tampoco dibujan, a excepción de algunos punteados o zigzags en sus calabazas. Como entre los Caduveo, yo distribuía, a pesar de todo, hojas de papel y lápices con los que al principio no hacían nada. Después, un día, los vi a todos ocupados en trazar sobre el papel líneas horizontales onduladas.

“¿Qué querían hacer?”⁷

Desde el principio —y más vale distribuir papel que perlas—, la cuestión que se plantea tiene que ver con el querer del hacer. Respuesta (esta respuesta no es dada por los Nanmikwara, es evidente):

“Tuve que rendirme ante la evidencia: escribían, o más exactamente, trataban de dar al lápiz el mismo uso que yo le daba...”

6 Claude Lévi-Strauss. *Tristes trópicos*. Trad. Noelia Bastard. Buenos Aires: Paidós, 1988. p. 282.

7 *Ibid.*, p. 321. Las citas que siguen están tomadas de la misma página del libro de Lévi-Strauss.

Donde se ve que, en el conocimiento del otro, predomina el reconocimiento de sí,⁸ que es evidente.

Poco importan los zigzags trazados en las calabazas: esa líneas onduladas son interpretadas de inmediato:

“... el mismo uso que yo les daba, el único que podían concebir...”

Observaciones perentorias.

Sin embargo, esas líneas onduladas y esos zigzags son de *actuar*, y la mano de Janmari es fértil en ellas, por poco que el terreno sea propuesto.⁹ Nunca pensé que tuviera ni una pizca de *querer hacer como* en ese trazar, a partir del cual ese trazar se convierte en traza de otra cosa distinta a mí.

“El único [uso] que podían concebir, pues no había aún intentado distraerlos con mis dibujos.”

Donde se observa al maestro y a sus niños grandes, que son, a decir verdad, un poco retrasados.

“Para la mayoría, el esfuerzo terminaba aquí.”

¿El esfuerzo? Uno creería estar leyendo una de esas apreciaciones que abundan en las libretas gracias a las cuales los padres pueden leer lo que el enseñante piensa acerca de su progenie: “Casi no se esfuerza...”.

Por lo que podría decirse que, lo que se le propone, al niño le vale un carajo. Pero sigamos con el relato del etnólogo:

“... El esfuerzo terminaba aquí; pero el jefe de la banda iba más allá.”

Eso que el etnólogo ve, es lo otro; y no intenta ver otra cosa.

“Sin duda era el único que había comprendido la función de la escritura: me pidió una libreta de notas, [y] estamos igualmente equipados desde que trabajamos juntos.”

¿El jefe de banda ha requerido o (re)clamado realmente alguna cosa?¹⁰ Quizá hizo un gesto dirigido a la libreta de notas y la comprensión del etnólogo se abrió de par en par.

“Él no me comunica verbalmente las informaciones, sino que traza en su papel líneas sinuosas y me las presenta, como si yo debiera leer su respuesta...”

¿Por qué no?

Queda que lo que dice el etnólogo es una interpretación. Es evidente que, para él, es la única posible; ni la sombra de una duda, tanto así prevalece la convicción del *querer hacer como*.

“Él mismo [se trata del jefe de banda] se engaña un poco con su comedia...”

8 En el original: “*de soy*”.

9 Janmari era el principal de los “niños autistas” de la red Deligny.

10 Lévi-Strauss: “*m’a-t-il réclamé un bloc-notes*”; Deligny: “*a-t-il réellement (ré)clamé quoi que ce soit?*”.

Parece que en el deseo del Nambikwara hay algo sucio y una intención de engañar. Pero, para el etnólogo, ese engaño debe ser un elemento de reciprocidad. No hay que olvidar que, desde un principio, el etnólogo-buhonero muestra los abalorios que trae como cebo para su intercambio; pero es evidente que cambiar verdades ancestrales por perlititas de vidrio entraña un engaño que, por un efecto de espejo, va a trasladarse al poder del otro; así se restablecerá el equilibrio de la conciencia, de la que el etnólogo no está desprovisto.

“Cada vez que su mano acaba una línea, la examina ansiosamente, *como si* de ella debiera surgir la significación...”

La significación: henos ahí. La ansiedad y el *como si* y la significación. En la clave del relato, el *como*. El trozo del etnólogo está escrito en clave de *como* y su alcance se pretraza en ella. Ese alcance es el terreno.

Así, al principio de nuestro camino, sucedió que me puse a hablar de *neumas*, manera arcaica de notación del canto llano antes de que se descubriera el uso del pentagrama y que evoca cortas melodías que se vocalizan sin palabras.

“Como si de ella debiera surgir la significación, y siempre la misma desilusión se pinta en su rostro. Pero no se resigna, y está tácitamente entendido entre nosotros que su galimatías posee un sentido que finjo descifrar...”

Ese “entendimiento tácito” es sorprendente. Dos voces callan. El etnólogo las toma, a las dos, sin vergüenza. Lo que el jefe no dice el etnólogo lo adivina, y se prueba que acertó.

“El comentario verbal surge casi inmediatamente y me dispensa de reclamar las aclaraciones necesarias. Ahora bien, cuando acabó de reunir a toda su gente, sacó de un cuévano un papel cubierto de líneas enroscadas que fingió leer, y donde buscaba, con un titubeo afectado, la lista de los objetos que yo debía dar a cambio de los regalos ofrecidos...”

Ofrecidos por los Nambikwara; pero si, desde un principio, el buhonero había ofrecido su muestrario, los regalos de los Nambikwara ya no eran regalos.

“Esta comedia se prolongó durante dos horas. ¿Qué era lo que él esperaba? Quizás engañarse a sí mismo, pero más bien asombrar a sus compañeros...”

¿Hay comedia? ¿Pero quién distribuye los papeles?

¿Quién supone que, al hacer un gesto hacia la libreta de notas, el jefe de banda ha “dicho” querer uno parecido, él también? ¿Y para *hacer como*, es decir, para tomar notas? ¿Y si todo ese andamiaje de suposiciones —que deja suponer lo semejante— no descansaran sino en fingimientos, engañándose el etnólogo?

¿Y si esa libreta —supuestamente reclamada por el jefe de banda— fuera, en realidad, algo que importunara a los Nambikwara? ¿Cuántas veces he visto palpar la mano de Janmari —autista, es cierto, y no Nambikwara— al tocar alguna cosa, y ese ese mismo gesto el que expresa la atracción o la repulsión, según el caso?

A partir de lo cual, considerando la libreta de notas, en la página aparecen esas líneas sinuosas, embrión de escritura mal formada, se dice el etnólogo, y es enteramente verosímil.

Queda tomar esa página de la libreta como *terreno*, y no, *a priori*, como prueba de

la existencia de otro que finge *hacer como*, el engaño final —a saber, una demanda tal vez exorbitante de regalos—, repercutiendo a fin de cuentas, o al final del cuento, como se quiera.

Pero ese fin está en el principio y desde el comienzo.

Pero el etnólogo continúa su reflexión:

“Un indígena aún en la Edad de Piedra había adivinado, en vez de comprenderlo [el símbolo], que el gran medio para entenderse podía por lo menos servir a otros fines.”

Observación curiosa; entendiendo el indígena —aún en la Edad de Piedra— que no entiende, se dice que ese medio del que no se ve el fin podría ser por lo menos un buen truco para engañar al etnólogo. Y ese fin, ¿cuál es? Ni más ni menos que la escritura en tanto que símbolo; el etnólogo lo dice:

“Su símbolo había sido aprehendido, en tanto que su realidad seguía siendo extraña.”

Y ahí el etnólogo está en *su* terreno.

Pero esa “mistificación de la que, sin saberlo, yo había sido el instrumento”, el etnólogo la rumia hasta el punto de ya no dormir.

Prolonga su reflexión:

“Hay que admitir que la función primaria de la comunicación escrita es la de facilitar la esclavitud.”

Esto después de un largo desvío en el espacio y el tiempo entre los griegos, los romanos, los egipcios, los sumerios y los chinos.¹¹

La cultura es también su terreno. En las perlas del comienzo no se piensa más.

“Si la escritura no bastó para consolidar los conocimientos, era quizás indispensable para fortalecer las dominaciones [...]. La lucha contra el analfabetismo se confunde así con el fortalecimiento del control de los ciudadanos por el Poder. Pues es necesario que todos sepan leer para que este último pueda decir: la ignorancia de la Ley no excusa su cumplimiento [...]. Accediendo al saber asentado en las bibliotecas, esos pueblos se hacen vulnerables a las mentiras que los documentos impresos propagan.”¹²

Hay que reconocer entonces que el saber leer / escribir no es sino la prologación transcrita del saber decir.

Hay que remontarse a la fuente y ver que el Poder procede del querer y que si la escritura fortalece las dominaciones, el decir crea la servidumbre. A partir de lo cual uno ya no se reencuentra ahí, siendo el ser consciente de ser en virtud de la huella de las formas verbales el único ser del mundo capaz de pensarse libre y de aprender a escribir. Se supone que nadie puede ignorar la ley, salvo que por lo que concierne

¹¹ *Ibid.*, p. 324.

¹² *Ibid.*, pp. 324-325.

a la ley primordial aquella en que el lenguaje se instaura; todo el mundo, hablante, la ignora, vulnerable entonces a las mentiras y a las verdades, según.

En ese largo desvío en el espacio y el tiempo, el etnólogo, tras haber tropezado con la astucia del jefe Nambikwara, nos hace parte de su perplejidad: ¿y si el escribir tuviera un reverso? Si esa propagación de la instrucción, cuya intención proclamada es liberar de la ignorancia, fuera de hecho un instrumento de ejercicio del Poder?

Así va la Desventura, insaciable y ávida de buenas intenciones.

Esa búsqueda del etnólogo en dirección de las etnias difuntas o moribundas da lástima. Tristes son los trópicos. Cargado de misión, lo que mendiga es conocer mejor el Ser. ¿Por qué? ¿Porque eso podría servirnos? Corremos el riesgo de tener un poco de mala conciencia de ese estrago del que somos autores, nosotros, los retoños de pueblos provistos. Una etnia que muere es como una especie que desaparece.

Quedan los museos, que muy a menudo son más tristes que los cementerios por irrisorios.

Quedan los escritos del etnólogo.

Por lo que nos concierne, quedan esas *trazas* sobre un mapa por grabar.

Traducción del francés:

Enrique Flores